

Garci-Perez, muchacho de la misma edad, poco mas ó menos, que D. Martin y en su compañía criado, como hijo que era de un servidor de la casa. Poco tiempo se detuvieron nuestros viajeros en Santo Domingo; su objeto al arribar allí fué esclusivamente el de que en Cuba se perdiese, por decirlo así, el rastro de su viaje, y poder llegar á España, bajo nombres supuestos, sin que nadie supiera quiénes eran realmente. ¡Y por qué y para qué tales precauciones? Porque de otro modo, fuera la ida á Castilla una provocacion á Hernan Cortés; para no embarazarle en sus proyectos, si acaso los tenía que escijiesen el destierro de su hijo.

No perdamos de vista un solo instante al adolescente, si hemos de comprender con claridad la conducta del hombre en lo sucesivo: D. Martin no buscaba á su padre para imponérsele, por decirlo así, sino para saber el mismo á qué atenerse, para enterarse de la voluntad de aquel á quien Catalina moribunda le mandara obedecer ciegamente en la tierra, y cumplirla en todo y por todo, sin escámen y sin réplica, por doloroso que fuera el sacrificio que de él escijiera. Predestinado al martirio, tomaba desde luego aquel niño la vestidura de los candidatos al tormento y al fuego, tendiendo sus brazos para recibir la dolorosa palma que el tiempo le preparaba; quizá presentia, si no gozaba ya su alma, la amarga voluptuosidad que, padeciendo, sienten ciertos espíritus tristemente privilegiados.

Como quiera que fuese, parece imposible conducirse con mas prudencia y respeto que lo hizo D. Martin, llegando á Sevilla sin que nadie sospechara su familia, y á la casa de su padre con su religioso curador, cual si fuera uno de tantos curiosos ó necesitados de los que á visitarle ó pedirle limosna iban de continuo.

Merced al hábito del padre Asencio, bieiéronles entrar los criados á él y á su pupilo en una antecámara, para que en ella esperasen al conquistador, en el momento de su llegada ausente de casa, pero que no debía tardar en volver á ella, por acercarse ya la hora del medio día.

En efecto, poco antes de las doce un movimiento jeneral en la servidumbre hizo palpitar aceleradamente el corazon de D. Martin, y helarse la sangre en las venas al tímido religioso; Hernan Cortés, volviendo de concertar definitivamente su boda con doña Juana de Arellano y Zúñiga, merced á la declaracion que hizo el conde de Aguilar de que Catalina era muerta sin posteridad, pues su hijo único habia fallecido antes que ella, acababa de apearse á la puerta de su alojamiento, y se despedía de la multitud de cortesanos y jente del pueblo, que siempre le acompañaba en su tránsito por las calles de Sevilla.

Pocos minutos despues, airoso, ágil, lozano como en sus verdes abriles, brillando en sus ojos un contento que de ocultar no trataba, entró Hernando en la antecámara donde trémulos le esperaban nues-

tros viajeros, y al verlos exclamé, dirijiéndose al padre Asencio, pero sin fijar en su rostro la atencion:

—Bien venidos son siempre los relijiosos á mi casa, pero nunca mejor que hoy. El cielo colma todos mis deseos; justo es que yo le pague haciendo bien á sus ministros. Diga lo que quiere, padre; y esté seguro de no salir de aquí con las manos vacías.

Como los frailes fueron siempre pedigüenos, imaginó Cortés que aquel estaba allí en solicitud de alguna limosna; mas cuando el capellan de su difunta esposa le respondió balbuciente:

—Venimos de Cuba, Sr. D. Hernando....

Y fijando en él la vista, reconoció luego su persona, y á su lado echó de ver á un niño que, de rodillas, bañados en lágrimas los ojos, y con la ansiedad mas tierna que imaginarse puede pintada en el rostro, el ojo del águila penetró súbita y completamente la profundidad de aquel misterio.

En el primer momento la naturaleza triunfó del orgullo; involuntariamente los brazos del conquistador se tendieron hácia su hijo, á quien en nueve años consecutivos no habia visto; involuntariamente tambien se humedecieron sus ojos.—Mas ¡ay! que pagando aquel tributo indispensable á los sentimientos naturales, el orgullo y la ambicion recobraron sus derechos todos, sin que los circunstancias tuviesen tiempo de advertir que, por un momento, el *grande hombre* habia dejado de ser *grande*, para ser *hombre* con entrañas de padre.

—Despejad, dijo imperioso, volviéndose á los que le seguian; y así que vió ejecutada su orden, que fué apenas pronunciada, añadió, volviéndose al fraile y al niño: Seguidme vosotros.

Tambien en D. Martin hizo pronto su oficio el heredado orgullo; y sus lágrimas desaparecieron; y serenóse su corazon; y pudo contemplar sin miedo el rostro de su padre, ceñudo entonces; aquel rostro, sí, y aquel ceño que hicieron estremecerse á Moctezuma en su trono, á los ejércitos mexicanos en los campos de batalla, donde para cada español habia, no obstante, un millar de indios guerreros. Digno vástago de tan escelso tronco, el niño que á la ternura cedia, rebelábase instintivamente contra la fuerza; y al penetrar en la estancia reservada del grande hombre, decíase D. Martin: ¡Todo, menos mostrarme cobarde, madre mia!

En cambio el padre Asencio arrepentíase de todo corazon de haber sido tan en extremo indulgente con su pupilo, y hubiera deseado que la tierra se le tragase cuando Cortés, arrojando lejos de sí la toca, y descendiéndose precipitadamente espada y daga, como si de su propio furor recelase que á cometer un atentado podia conducirle, encaróse con él, y brotando llamas por los ojos, díjole con aterrador acento:

—“¡A qué venís á Sevilla? ¡Quién os mandó salir de Cuba? ¡Qué es lo que pretendéis de mí, mal fraile, tutor infiel, ambicioso hipó-

"crita? Responded pronto, ó vive Dios, que ni la corona ni el hábito os liberrarán de mi justicia!"

Semejante apóstrofe, poco á propósito para tranquilizar á nadie, y menos para alentar á un hombre pacífico y meticoloso á que su conducta defendiese con razones, acabó de ligar la ya trabada lengua del P. Asencio de tal modo, que por mas que lo procuraba fuéle imposible articular ni un solo acento; mas en cambio, D. Martin, á quien de propósito ni miraba siquiera su padre, adelantóse, y dijo resuelto, si bien profundamente respetuoso:

—"Si hay culpa, señor, en esta llegada, mia es toda. He querido "saber si soy huérfano ó tengo padre, y á eso no mas he venido."

Tanta entereza en tan pocos años, no pudo menos de sorprender y aun de cautivar á Hernando; y el rapaz era ademas tan gentil, tan airoso, tan semejante á su padre, que ese, mal que le pesara, hubo al cabo de mirarle con algun detenimiento y reconocerse en él reproducido.

—¿Y no pudiérais haberme escrito, mozo inconsiderado? preguntó despues de algunos instantes, y ya un tanto dulcificado.

—Juzgué, señor, que fuera tan inútil como cuando repetidas veces lo hizo mi santa madre y vuestra esposa, que Dios haya.

Imposible formular una acusacion tan tremenda con mas claridad, sin perjuicio de la veneracion siempre á un padre debida; imposible tomar nunca criatura humana tan por completo la voz del remordimiento.

Así Hernando, en cuyo espíritu jeneroso no consiguió nunca la ambicion, aun arrastrándole en pos de sí las mas veces y alguna harto lejos, sofocar por completo los instintos del bien y de la justicia que en él depositara el cielo, conmovido hondamente por la presencia y palabras de su hijo, sintióse dominado por la razon, y para no confesarlo de plano tuvo que guardar silencio y ponerse á pasear con agitacion de uno á otro extremo del aposento.

En tanto el fraile se encomendaba á todos los santos del cielo; y el niño, puesta la confianza en Dios y su derecho, permanecia impávido, esperando la resolucion del autor de sus dias.

Qué fué lo que pasó en el alma del conquistador durante los minutos de su paseo, lo ignoramos completamente: tremenda, empero, debió de ser la lucha entre la ambicion y el amor paternal, á juzgar por la angustia que se vió pintada en el rostro de aquel hombre tan habituado á los grandes riesgos como á las desesperadas resoluciones.

Al cabo, sereno ya el semblante y sosegada la voz, dijo al P. Asencio:

—Dejadnos solos, y volved dentro de una hora. Ni una sola palabra de quién es este niño á quien quiera que sea, ó... ya me conocéis. Retiraos.

Del purgatorio no saliera con mas prisa y satisfaccion el atribulado

fraile que lo hizo de aquella estancia, sin haber desplegado sus labios, y dejando, en fin, solos al padre y al hijo, en situaciones relativas harto embarazosas, y de solucion, si no imposible, difícilísima cuando menos.

Es fenómeno constantemente observado, y lógico á nuestro entender, que la mayor parte de los hombres grandes sean débiles con las mujeres y los niños; así como, recíprocamente los que hacen alarde de no rendirse á la belleza, ni ser con la infancia complacientes, suelen pecar de estúpidos, de feroces, y aun de cobardes las mas veces. Arma terrible es la debilidad contra el fuerte, porque hay al parecer cierto jénero de villanía en usar de la fuerza misma contra aquellos que solo sus lágrimas pueden oponerle; y por eso quizá, si por la conciencia de su culpa no, Hernan Cortés á solas con un niño de catorce años, sentíase irresoluto y aun cobarde, habiendo hecho frente ya, y siendo capaz de hacérselo todavía en lo sucesivo, á las situaciones mas difíciles y peligrosas. Si D. Martin desembarcara en Sevilla y viera á su padre dos dias antes que lo hizo, acaso retrocediera el conquistador de México en su propósito relativo al enlace con doña Juana: mas los desdichados, así como madrugan siempre para la desventura, llegan tambien tarde á las felicidades. Ya la palabra de Cortés estaba empeñada, ya su honra comprometida en sostener lo que afirmó su lengua; y retroceder fuera, en verdad, infamarse. Un hombre de índole brutal ó un intrigante, colocados en tal apuro, abusaran de su fuerza ó valiéranse del engaño, medios al parecer obvios ambos con un niño inesperto; mas tales recursos eran indignos del que habia encadenado emperadores y sometido reinos. Hernando, con las pocas palabras que de boca de su hijo habia escuchado, conociéndose á sí mismo y á Catalina Suarez ademas, fácilmente adivinó que el camino mas corto y seguro para llegar á sus fines, era dirigirse al corazon del infeliz mancebo, interesando su precoz poética jenerosidad, y obligándole, por decirlo así, á ser él mismo su propio verdugo.

Sentóse, pues, en el divan, hizo que el niño se le acercase, acaricióle sincero, y luego que dió tiempo á la efusion de los tiernos filiales sentimientos de D. Martin, díjole grave, si bien cariñoso:

—Ahora, D. Martin, quiero trataros como á un hombre, pues en realidad de tal me parece vuestra razon, á pesar del corto número de años que habeis vivido. Escuchadme bien, y preparaos á responderme como conviene á quien me debe la vida.

Miró el niño á su padre con atencion, pero sin sorpresa; arrodillóse á sus plantas, como reo que á escuchar su sentencia se prepara, y el conquistador prosiguió diciendo:

—Martin: yo no soy, por mi cuna, mas que un simple hidalgo: mis hazañas me han engrandecido, pero á los ojos de los cortesanos no paso por grande.

—¿Y qué os importa? (interrumpió el inocente rapaz.) ¿Qué os importa, cuando vuestra gloria llena dos mundos!

—¿Su madre! (esclamó Cortés, recordando con triste placer los días de sus desinteresados amores con Catalina Suarez). ¡Siempre en los espacios imaginarios y á dos mil leguas de la tierra! Pero escuchad, Martin, y no me interrumpais. Vasallo nací, y vasallo moriré.... Yo necesito el favor de la corte, para que encarnizadas persecuciones no sean el premio de mis servicios.... Mientras yo descubro tierras, convierto razas y conquisto imperios, es preciso que haya en las antecámaras del monarca quien me defienda, quien impida que la prision ó el suplicio quizá me castiguen por el delito de no ser un áulico adulador y miserable.... ¡Tú no comprendes eso, pobre niño....! ¡Quiera el cielo que nunca lo comprendas tampoco! En fin, aquí á *mas servir menos valer*, Martin: el mérito es nada, los servicios poco, la fleesibilidad mucho, y el favor todo. Pues bien: hay un medio de que el bajel de mi fortuna no zozobre, sin obligarme á doblar de continuo la cerviz ante los validos del César, ni á respirar la atmósfera mefítica de las antecámaras. Ese medio es un casamiento; y ya le tengo concertado.

—¿Madre mia! ¡Madre mia! (esclamó con dolor inmenso el desdichado niño). Mas Cortés, prescindiendo de aquella interrupcion, prosiguió de esta manera:

—Un gran casamiento que, entroncando mi linaje con uno de los mas ilustres del reino, me asegura, Martin, el favor que necesito en la corte para llevar á cabo los inmensos proyectos que en mi cabeza jermanan; porque México no es solo el imperio del Nuevo Mundo, ni mi espada embotó sus filos al destruir el trono de Moctezuma. ¡Querás tú oponerte al engrandecimiento de tu padre!

—¿Yo, señor! ¡Yo, que daría toda la sangre de mis venas por una sola hoja de vuestros laureles! ¡Presérveme el cielo de tal desdicha!

—Pues bien, hijo, en vuestras manos quiero poner mi suerte.

—¿En mis manos, señor?

—En vuestras manos; quiero que solo, y libremente, decidais lo que haya de ser, Martin amado. Mi boda está tratada, pero se me esije que del mayorazgo que fundo y del título que espero, sean herederos exclusivos los descendientes de mi futura esposa.

—¿Y bien, padre mio?

—¿No me comprendéis aún?

—No señor.

—Vos sois mi hijo lejítimo, mi primojénito: consentir en lo que me piden es privaros de una gran parte de vuestros bienes y de un título ademas....

—¿Y qué importa eso?

—Niño, ¿qué dices?

—Que yo he venido á Sevilla á buscar un padre, no riquezas ni títulos,

Al escuchar tan sublime respuesta, con todo el candor y sencillez de la inocencia pronunciada, sintióse el grande hombre muy pequeño al lado del niño débil y casi huérfano; y entonces sus lágrimas corrieron sin freno; y entonces, estrechando á D. Martin contra su pecho, fué padre, y mil veces dichosísimo padre.

Al cabo de algunos instantes de mútuas caricias prosiguió Hernando:

—Acepto, hijo mio, tu jeneroso sacrificio, pero no sabré renunciar al orgullo de llamarme tu padre.

—Ni yo al de deberos la vida.

—Pasarás por uno de mis hijos naturales....!

Oir tales palabras, arder toda su sangre como si el fuego celeste la inflamara súbito, apartarse horrorizado de su padre, y trocar la ternura en ecsaltacion furiosa, todo fué para el niño D. Martin obra de un solo rapidísimo instante.

Mirábale atónito Hernan Cortés, y él á Hernan Cortés con mas ira que asombro todavía: pero incapaces ambos, por el momento, de articular una sílaba siquiera, solo con las miradas se entendieron durante mas de un minuto.

Pasado ese tiempo, D. Martin fué quien rompió el silencio, diciendolo en voz por el dolor y la cólera enronquecida:

—¿Yo hijo natural! ¡Yo infamar la memoria de mi santa madre! Señor, antes moriré mil veces; mil veces, sí, primero que consentir en tal villanía. Vuestra es la vida que me disteis, tomadla en buen hora, pero dejadme morir tan honrado como nací.

Era tanta la justicia del pobre niño, y tal la celeste vehemencia con que su derecho y el honor de Catalina Suarez defendia, que el conquistador, sintiéndose subyugado, contestó:

—Bien, Martin: no hablemos mas del asunto. Vuestro padre desmentirá, por vez primera de su vida, su palabra, y....

—¿Vos, señor, desmentiros, y por mí! No, señor, no: eso es imposible.

—No hay medio, Martin: ó reconoceros por lo que sois, y me desmienta, ó bien....

—Por piedad, no volvais á pronunciarlo.... Pero ¿no ha de haber algun medio....? ¿No le ha de haber, Dios mio, no le ha de haber? Inspírame, madre mia: haz que, cumpliendo tu postrimera voluntad, pueda yo obedecer sin deshonor tu memoria al que tanto amaste en la tierra hasta ecshalar el último suspiro.

Y dejándose caer de rodillas en el suelo, elevábase al propio tiempo en espíritu D. Martin á la celestial morada, buscando en ella la inspiracion del martirio. Su padre padecia, en tanto, insoportable tormento.

Súbito un rayo celeste ilumina la mente del hijo de Catalina Suarez, y por su llama reanimado, levántase el niño, corre al conquistador, y dícele:

—Todo sería fácil si yo me hubiera muerto, ¿no es verdad, señor! Ruborizóse la frente y estremecióse el corazón de Hernando oyendo tales palabras, á las cuales solo acertó á responder:

—Gracias al cielo, vivís, D. Martin.

—Pero decidme, os ruego, si es cierto que si yo no existiera...

—No tendríamos dificultades.

—Pues bien, señor; si en pasar por vuestro hijo natural no puedo consentir, con respecto á la memoria de mi madre, yo tambien soy Cortés, padre mio, y no temo á la muerte.

—No deliremos, niño: la vida y la muerte en manos de Dios solo está dadas.

—Padre mio, mi vida os estorba.

—Silencio, os digo: mi boda es imposible; no hablemos ya de esto.

—¡Una palabra mas, por piedad!

—Ya os escucho.

—Mi pobre madre, sin duda apiadada de entrambos, me inspira en este instante un medio de conciliarlo todo. Nadie me conoce en Castilla; de Cuba he desaparecido sin anunciar el término de mi viaje; ¿qué signífico yo en el mundo, para que haya quien se ocupe en averiguar si vivo aún, ó terminé ya la existencia? Supongamos que he muerto; bendecidme, señor, por vez postrera, y yo os juro por la memoria de vuestra primera desdichada esposa, por la honra que tengo de ser de vuestra sangre, y por el Dios uno y trino que adoro humilde, que de hoy mas *D. Martin Cortés de Suarez* no vive para el mundo.

En tal momento hemos presentado en escena á padre é hijo al comenzar este capítulo, cuya estension escije ya que brevemente le pongamos término, como lo haremos, limitándonos á resumir el resto de aquel penoso diálogo.

La posicion de Hernan Cortés era tal, que de no aceptar el jeneroso espontáneo sacrificio de su primojénito, tenia que resignarse á pasar por un falaz intrigante para con las poderosas familias de los Zúñigas y de los Arellanos, ó lo que es lo mismo, primero ante la corte, y despues ante el reino y el universo entero. Por lo que hace al héroe niño, Dios, que le habia formado en la prevision de su fatal destino, dióle la abnegacion suficiente para inmolarse; y por consiguiente fácil fué la avenencia.

Hernan Cortés hizo mucho mas rico que ya lo era al hijo de Catalina; presúmese que le reveló dónde en Nueva-España se ocultaban inmensos tesoros: mas renunciando tambien á su paternidad, recibióle juramento de no revelar nunca, ni á nadie, á quién debia, despues de Dios, la vida.

Desde aquel momento *D. Martin Cortés de Suarez*, se llamó hasta el de su muerte, *D. Martin Suarez de Monroi*; del resto de sus aventuras trataremos en el prócsimo capítulo.



CAPITULO V.

OTRO DE LOS EPISÓDICOS, QUE ACLARA MAS DE UN MISTERIO, REVELANDO EL ORIGEN DE LA BELLA DOÑA ELVIRA.

Con dificultad puede imaginarse situacion mas singularmente excepcional que la de *D. Martin*, solo en el mundo, cual la palmera en el desierto, á la edad de catorce años; inmensamente rico, realmente de ilustre linaje, pero condenado, no como el espósito á ignorar sus padres, sino á negar el mas glorioso de cuantos la aristocrática ambicion imaginar pudiese.

El *P. Asencio* y *Garci-Perez*, juramentados solemnemente, eran únicos dueños de su secreto, y ellos tambien exclusivamente su familia y amigos.

Ya dijimos, y aun probamos la precocidad de *D. Martin*, pero á mayor abundamiento, la desgracia sazona la razon tan de prisa como gasta el alma: aquel niño, árbitro absoluto de sus acciones, yendo á establecerse en Salamanca, hízose educar como pudiera el ayo mas severo. Ciencias, letras humanas, armas, ejercicios gimnásticos y devociones, consumieron su tiempo durante cuatro años consecutivos; y entonces, teniendo ya diez y ocho de edad, y sintiéndose capaz del mundo y sus azares, resolvió militar como á varon de su linaje convenia.

Soldado voluntario en Italia, distinguióse luego, no solo por el valor que heredara, sino por su militar instinto, por su probidad acrisolada, y por una rijidez de costumbres insólita en tales años y ejercicio.